

## La arquitectura conmemorativa como artificio para crear el tiempo\*

Commemorative architecture as an instrument to create time

Daniel Ochoa\*\*

Universidad La Salle, México

Recibido: 5 de abril de 2021

Aceptado: 10 de mayo de 2021

---

### Resumen

Dueña del espacio, la arquitectura revela su doble función a los pueblos: es guarida del humano, pero, a la vez, aposento del tiempo. Ante la necesidad de los pueblos por constituir una narrativa, el monumento ha devenido en un artificio de la memoria. Su construcción permite metaforizar el tiempo, suscitar una imagen para la evocación y sustentar al recuerdo con un elemento tangible.

**Palabras clave:** arquitectura conmemorativa, identidad, monumentos.

### Abstract

*Architecture reveals its double function: giving home to people and time. As memory's artifact, monuments have solved the necessity of shaping social identity. Its construction supposes a metaphor about time and nourishes the memory arousing an image.*

**Keywords:** commemorative architecture, identity, monuments.

---

\* **Antecedentes del documento.** Este ensayo procede de un interés personal del autor.

\*\* **Daniel Ochoa Rodríguez.** Licenciado en Arquitectura, Universidad La Salle, Ciudad de México. Maestría en Estudios Urbanos, Colegio de México.



Obelisco San Juan de Letrán Roma. Perspectiva a color. Enrique Adalid Teja. Acuarela y tinta. 2021.

Cada tiempo es diferente;  
cada lugar es distinto  
y todos son el mismo, son lo mismo.  
Todo es ahora.  
(Paz, 2018, p. 123)

### **Punto de partida: la celebración de Constancio II**

La vida de Constancio II había llegado a un punto de equilibrio inusitado y casi perfecto. Cumplía 20 años en el poder y, simultáneamente, 40 de vida. El contrapeso de su tiempo al frente del Imperio Romano compensaba, por fin, los años que había visto al poder ostentado por manos ajenas. Se trataba de un momento importante y, después de dos décadas de mandato ininterrumpido, no tenía más ambición que celebrarlo con el lujo que ameritaba. Lo excepcional de la fecha conminaba –si no más extravagancia– por lo menos la misma singularidad en el acto de su conmemoración. Se decidió que una obra escultórica transportada desde alguna tierra lejana constituiría un monumento adecuado, y como siempre se había tenido una especial afinidad por la cultura egipcia, un obelisco suponía la pieza idónea.

El exotismo de una obra así no sólo radicaba en provenir de una civilización lejana en el ámbito cultural, sino también en el geográfico: franquear el mediterráneo con un objeto de tal dimensión y peso representaba una gran hazaña. Cabe preguntarse, entonces, si la parte esencial del monumento era la pieza en sí o, más bien, la proeza de transportarla. No es un asunto baladí, porque la naturaleza del monumento siempre vacila entre su forma y el acto mismo de erigirlo. Ello desvela un cuestionamiento no menos trascendental: ¿cuál es la razón de usar a un objeto arquitectónico para conmemorar un evento?

### **La función de la arquitectura en la memoria**

Pocas cosas pueden ser tan emotivas para una cultura como conmemorar un evento, especialmente si cumple una cifra considerada como significativa: una década, cincuenta años, un centenario y así sucesivamente. Fuera del entendimiento racional, es un día como cualquier otro, con todos los acontecimientos de la vida que en cualquier momento pro-

vocan lo imprevisible. La conciencia humana, no obstante, trasciende a otro orden porque asigna una cadencia a los sucesos y un ritmo que soslaya las vicisitudes de lo cotidiano. En el afán desmedido por medir y sistematizar, el conteo de los días adquiere un significado en el tiempo –o acaso sea más preciso decir: da significado al tiempo–. Se transluce, de este modo, el ansia por dar certeza al paso de la vida.

Posiblemente, la conciencia de vivir sea, en gran medida, la percepción del tiempo que corre. La identidad de un pueblo se cristaliza cuando logra comprenderse a sí mismo como un sujeto histórico, colmado de tiempo y henchido de instantes. Pero los momentos se escapan a la memoria si no hay una secuencia que evite su diseminación; por tanto, se vuelve necesario contar una historia plena de hitos que logre articular la narrativa de una cultura. La memoria surge como una herramienta oportuna para tal cometido. De esta armonía entre recuerdo y narración nace la identidad de las culturas: a eso llamaba Mircea Eliade (2011, p. 178) “la libertad de hacer la historia haciéndose a sí mismo”.

Si bien algunos libros documentan el pasado con rigor, hay que tenerlo claro: la memoria está más allá de lo que las palabras expresan. Resulta ingenuo reducirla sólo al lenguaje hablado o escrito, dado que se compone también de emociones, impresiones y otros complementos impetuosos que a menudo rozan el borde de lo inefable. La capacidad por comunicar queda rebasada: incluido el lenguaje, “todas nuestras versiones de lo real”, comenta Octavio Paz, “no recrean aquello que intentan expresar. Se limitan a representarlo o describirlo” (1972, p. 108). A pesar de que el escritor parece relegar nuestros recuerdos a un limbo inescrutable, les abre una puerta hacia la inmortalidad cuando exalta el recurso de la imagen, cuyo “sentido [...], por el contrario, es ella misma: no se puede decir con otras palabras. *La imagen se explica a sí misma*. Nada excepto ella, puede decir lo que quiere decir” (Paz, 1972, pp. 109-110). La memoria, entonces, necesita de un sustento palmario y práctico porque –se presume– las palabras no bastan. Se trata de un propósito que la arquitectura puede cumplir cabalmente. Un monumento, por ejemplo,

conforma una imagen: despierta sensaciones, da un sentido empírico al recuerdo y, sobre todo, revela aquello que las palabras son incapaces de expresar.

Históricamente, la arquitectura ha devenido en un artificio de la memoria. Sí, la vida no es la misma desde que se cuentan los días, pero tampoco lo es la arquitectura. Toda construcción es un objeto temporal porque permite sustentar el conteo del tiempo, aún más cuando se construye con la franca intención de marcar un hito en el fluir de la vida (como en el caso de las obras conmemorativas o los monumentos). La arquitectura ayuda a crear el tiempo humano y, por evocar eventos importantes, nunca cesará de estar a merced de la memoria. Al marcar puntos de referencia temporales, el monumento refuerza la noción lineal del tiempo, una condición necesaria para darle coherencia a la historia de un pueblo.

### ***Conmemorar para formar identidad***

A partir de lo anterior, puede encontrarse un paralelismo entre el mito y la arquitectura. El primero aspira a sustentar la historia, darle sentido y fuerza a la identidad. La arquitectura, especialmente un monumento, no pretende otra cosa: le asigna un paisaje a la ingravidez de la memoria. Por eso no hay ciudad sin monumentos, como no hay sociedad sin mitos. Aunque ambos parecen germinar de la misma necesidad, la forma que adquieren sendos caminos es completamente distinta: uno es puro lenguaje; la otra, imagen pura. Usar a la arquitectura para conmemorar significa darle al asentamiento una estructura espacial y temporal: materializar, por fin, la añorada conexión entre ambas dimensiones.

Si la arquitectura es un artificio del tiempo, en todo momento queda abierta la posibilidad de reconstituir la memoria por medio de ella: al final, sus símbolos son “figuras recurrentes dentro de las cuales una cultura entera se reconoce a sí misma” (Ricœur, 1995, p. 66). En medio de una evocación de la historia, ¿no es el levantamiento de un monumento, a su vez, un ejercicio de autocontemplación? Parece que la arquitectura conmemorativa es un replanteamiento de la identidad en tres tiempos: pasado, presente y futuro. Por un lado, el monumento es una

conexión con el pasado, aunque habla una verdad a medias por cuanto se arroja a lo real y –no sin añadiduras póstumas– confabula con algunos hechos imaginarios para cristalizar el deseo de lo que una cultura quisiera ser: aspiración siempre latente, ánimo insaciable. Por otro lado, la arquitectura conmemorativa es también una redención con el futuro. El monumento no sólo le pide al pueblo que admita lo que fue, sino que reconozca lo que puede llegar a ser: remontarse al pasado para encontrar una respuesta en el futuro. Bien dice Mircea Eliade que “el pasado no es sino la prefiguración del futuro. Ningún acontecimiento es irreversible y ninguna transformación es definitiva” (2011, p. 106).

Pese a las vertientes pasadas y futuras que todo monumento despliega, la confluencia de los tiempos está en el presente. Nadie puede jactarse de su pasado sin comprender el ahora; como tampoco resulta posible trazar el futuro en un tiempo distinto al instante vivido. Resulta natural, pues, observar un monumento y pensar en el presente. El monumento es enlace, redención, quimera del tiempo: acto de avance en retrospectiva. Está en todos los tiempos y está en ninguno. En sentido estricto, es pura presencia.

### ***Espacio para el replanteamiento***

Los pueblos son ellos mismos en la medida en que actúan respecto a otra cosa (Llano, 1999, p. 102). En consecuencia, una parte importante de su identidad se sustenta en el acto de afirmar algo, al tiempo que se niega otra cosa: qué se pretende ser, pero también qué no se quiere ser. El monumento es un punto de gravedad en torno al cual giran las emociones, los sentimientos y las posturas. Ya sea que se establezca una relación de respeto o insolencia, la conducta está ceñida a los términos que éste plantea. Optar por la obediencia o la transgresión, por tanto, se limita a transitar entre uno y otro extremo de un trazo único, ya que los polos opuestos de la posibilidad están escenificados en un mismo hito. No hay monumento que sólo afirme sin acompañarse de una necesaria contrapartida.

El monumento no tiene un solo significado, sino una infinidad, porque la interpretación de la realidad cambia según la época. En

ese sentido, el indulto de Ludwig Wittgenstein no puede ser más oportuno: al afirmar que “no existe una figura verdadera *a priori*” (2012, p. 64), el autor nos absuelve del temor de caer en una contradicción histórica. A pesar de que el objeto arquitectónico es el mismo, los ojos que lo miran y las palabras que lo describen son, con seguridad, muy distintos. Rechazar su sentido unívoco sustenta que el monumento es, ante todo, una posibilidad abierta al replanteamiento de la identidad. Incluso la transgresión adquiere significado porque se pretende una ruptura con el pasado para esgrimir una reformulación futura. Por esta razón, lo único que puede anular realmente a un monumento no es siquiera su destrucción, sino la indiferencia. Llena de historias, la arquitectura nunca encuentra fatiga en su interpretación; pero sí, desolación ante el olvido.

### Reflexión final: La incógnita del obelisco

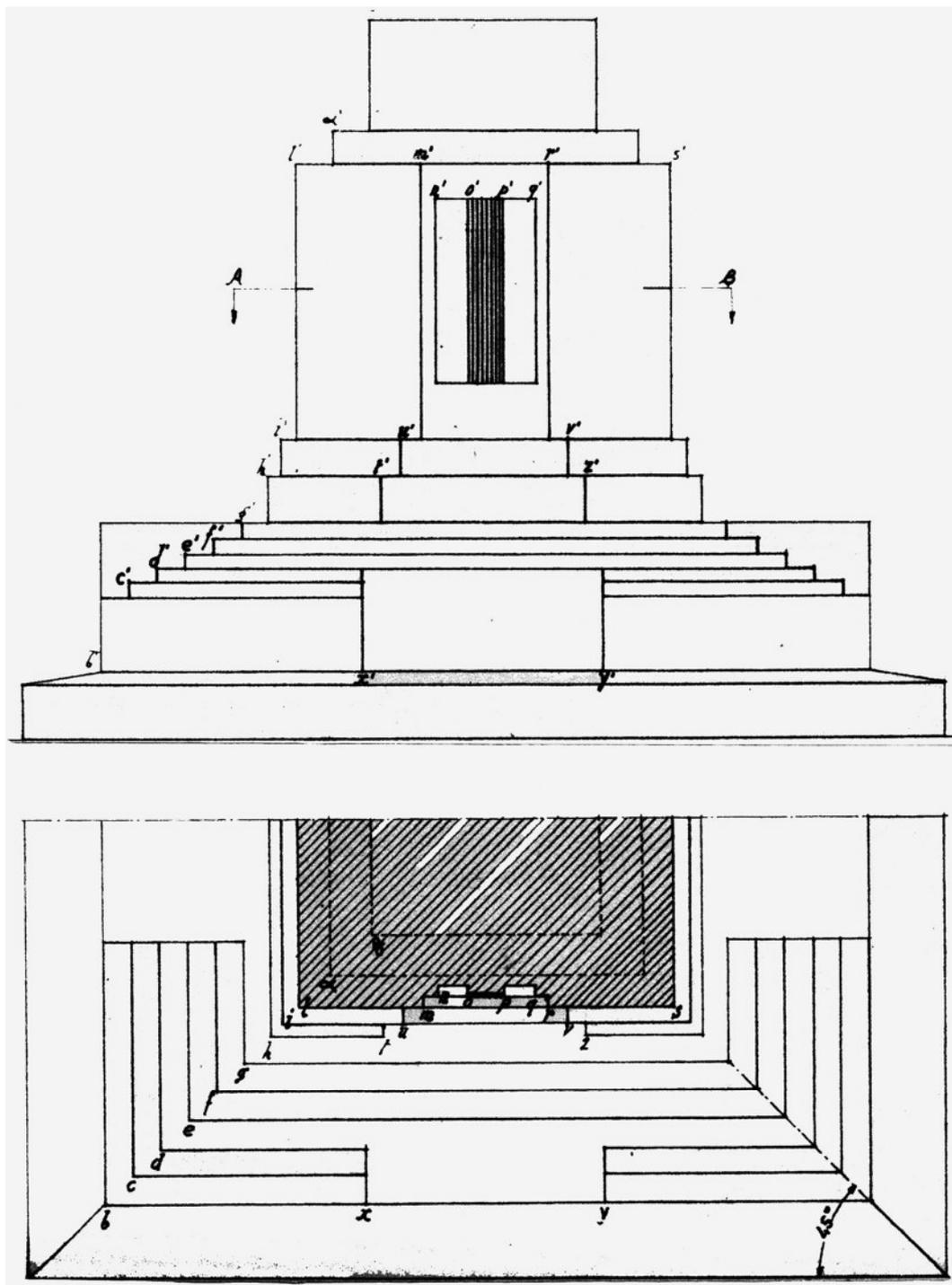
Quizás Constancio II no lo tenía claro, pero el levantamiento de su monumento en calidad de acto conmemorativo no suponía otra cosa que metaforizar el tiempo, suscitar una imagen para la memoria y sustentar al recuerdo con un elemento tangible. Si la arquitectura es la imagen de un momento, no resulta atrevido decir que entraña, por consiguiente, un soporte para el tiempo. Dueña del espacio, revela su doble función a los pueblos: es guarida del humano, pero, a la vez, aposento del tiempo. Puede comprenderse, entonces, que la labor del arquitecto no es edificar la ciudad, sino construir el tiempo.

Dado que el humano nunca ha dejado de evocar al recuerdo por medio de la arquitectura, la verdadera riqueza de la ciudad estriba en articular todos los tiempos en un solo instante. Sea un obelisco en Roma, una estatua ecuestre en Perú o un cenotafio en el Indostán, cualquier monumento es culto a la memoria y, por ende, tiempo petrificado. Siempre cambiante, la sociedad no es la misma que era antes de erigir un monumento, sino otra cosa, porque la conmemoración abre un espacio para replantear la identidad. Presente, pasado y futuro están conjugados en la arquitectura. Y no es un dislate admitirlo: todo es ahora. ■



## Referencias bibliográficas

- Eliade, M. (2011). *El mito del eterno retorno*. Madrid: Alianza.
- Llano, A. (1999). *El enigma de la representación*. Madrid: Síntesis.
- Paz, O. (1972). *El arco y la lira*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Paz, O. (2018). *El mono gramático*. México: Planeta Mexicana.
- Ricœur, P. (1995). *Teoría de la interpretación*. México: Siglo XXI Editores.
- Wittgenstein, L. (2012). *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Alianza.



Pietra commemorativa. Lámina 30. Del libro: *Disegno edile*. Autor: Arturo Roversi. Editore Ulrico Hoepli Milano, 1952.